

# EL ORIGEN BÍBLICO DEL HOMBRE

## ANTE LA PALEOANTROPOLOGÍA

---

Al entrar en este estudio comparativo, voy a prescindir en absoluto del hecho de la Revelación. Para los que admiten este hecho, por otra parte científicamente comprobado, el problema está definitivamente resuelto. Pero el carácter de este trabajo, científico y filosófico a la vez, exige que prescinda del hecho de la revelación, para mirar los valores del hecho de la narración bíblica con un criterio puramente filosófico. Al abrir este capítulo de mi trabajo, juzgo esta salvedad de la mayor importancia. Quiero que juzgue solo la razón.

Hemos llegado a consecuencias precisas al tratar del origen bíblico del hombre. No existe una cronología clara y determinada que no permita, dentro del relato bíblico, ensanchar los horizontes del tiempo de la aparición adámica, con cierta amplitud. La paleoantropología y la prehistoria se encuentran en idénticas circunstancias. La aparición del hombre no se extiende más allá del cuaternario, y los hallazgos más antiguos están de tal suerte envueltos en sombras, y son en relación a la magnitud del problema que se trata de resolver tan pobres, que no permiten establecer cronología alguna que se ponga fuera de los alcances de la crítica. Luego, tenemos derecho a inferir, que desde el punto de vista de la cronología, no existe oposición alguna entre el relato bíblico y los descubrimientos de la paleoantropología y la prehistoria.

Los amigos de la evolución no han podido probar todavía el hecho de la evolución. Las forjas líricas rodeadas de un aparente colorido de Ciencia que han producido esa exuberante bibliografía evolutiva, a pesar de acudir a la mistificación en muchos casos descubierta, y a los sueños de divagación sobre elementos insuficientes a todas luces, no han podido presentar un solo hecho exento de crítica que abone la realidad de los ensueños. La evolución hoy por hoy, será una teoría tan encantadora como se quiera, pero destituída de realidades objetivas. Puede decirse, que en el sentido positivista de la palabra, es anticientífica.

La anatomía comparada es un fracaso científico y filosófico. Las series de las homologías saltan con frecuencia por encima de las cro-

nologías, lo hemos demostrado plenamente, y su imperfección requiere toda una fantasía oriental para revestirlas de probabilidades. Las seriaciones morfológicas en orden ascendente o descendente de perfección, no dan derecho a argüir que así aparecieron en la realidad como lo comprueban las experiencias de la genética en las variabilidades de los tipos dentro de una misma especie. Las variaciones aparecen y desaparecen sin orden ninguno.

Por otra parte la genética rechaza las transmisiones hereditarias de los caracteres adquiridos, por influencias externas, que no llegan en realidad a modificar los factoriales del plasma germinativo. Con lo cual desaparecen las más asendereadas teorías llamadas por la imaginación para explicar el proceso de un hecho que en realidad no se ha demostrado todavía. Y la biología al fijar la naturaleza de idio-plasma fundándose en un conjunto de propiedades que lo hacen refractario a la convivencia con otros elementos de especies realmente diversas, le quitan a ese hecho la probabilidad de ser nunca demostrado.

El sofisma embriológico, ya solo puede tener fuerza ante los que admite conclusiones sin reparar en las premisas. Decirnos que los estadios embrionarios nos representan los estadios filogenéticos, es suponer en una afirmación la realidad de esos estadios filogenéticos que sería menester demostrar. Y aducir esa afirmación como una prueba rebaja el nivel de la lógica por debajo de la candidez. Las pruebas del hecho de la evolución, tratándose de esta de una manera general, están por dar y como decía agudamente Arturo Cancel a propósito del sainete jurídico de Dayton, la teoría de la evolución no es ya un problema científico sino un dogma de fe de una secta que quiere ampararse bajo la bandera de la ciencia.

Pero si carece de toda base científica el problema general de la evolución, al tratarse del hombre las sombras se espesan y ante la falta de luz científica se acude a los fuegos fátuos de la novela. No se puede señalar, ni siquiera con visos de la más remota probabilidad la aparición de un ancestral del hombre. Aparece en su integridad, y las reconstrucciones fantásticas del hombre primitivo, no tienen otra base que las ideas preconcebidas. Y esas ideas preconcebidas que son incapaces de sostener las más ligeras observaciones de la lógica, están de moda y hacen de las instituciones serias por todo lo demás, torcedoras de la naturaleza, al presentarnos en los museos esas series de esqueletos de antropomorfos contemporáneos del hombre, como si representaran sus ancestrales que van enderezándose, forzados por el preparador, para alcanzar su perfección (!). El hom-

bre en su complejo integral de cuerpo perfectamente organizado dotado de un principio pensante capaz conocer lo inexistente y crearlo, se nos presenta completo en los umbrales de la prehistoria, superior al resto de los seres que lo rodean, iniciando la era de su dominio absoluto de la naturaleza. Eso y no otra cosa es lo que los datos de la ciencia autorizan a afirmar.

¿Qué hemos, pues de sentir acerca de la narración bíblica?

Voy a transcribirla para hacer sobre ella algunas observaciones.

«Y dijo (Dios): Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra; y domine a los peces del mar, y a las aves del cielo, y a las bestias, y a toda la tierra, y a todo reptil que se mueve sobre la tierra».

«Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya; a imagen de Dios lo creó: creólos varón y hembra». (Génesis cap I, v. 26-27).

«Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, e inspiróle en el rostro un soplo o espíritu de vida y quedó hecho el hombre viviente con alma racional».

«. . . . .»

«Dijo asimismo el Señor Dios: No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle ayuda y compañía semejante a él».

«Por tanto el Señor Dios hizo caer sobre Adán un profundo sueño: y mientras estaba dormido le quitó una de las costillas, y llenó de carne aquel vacío».

«Y de la costilla aquella que había sacado de Adán, formó el Señor Dios una mujer, la cual puso delante de Adán».

«Y dijo Adán: esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne! llamarse ha pues Hembra, porque del hombre ha sido sacada.» (Gen. c. II, v. 7, 18, 21, 22, 23).

He aquí en su sublime simplicidad la narración mosaica del origen del hombre. He dicho al comenzar este capítulo que prescindía de propósito de la inspiración del libro bíblico, y por eso voy a considerar ese relato, uno de los más antiguos que conserva la tradición humana, a la luz de la filosofía y de la ciencia.

El relato bíblico nos enseña sencillamente que el hombre ha sido obra inmediata de Dios. Afirmada científica y filosóficamente esta verdad, el modo como Dios lo hizo es indiferente y sería sencillamente ridículo discutirlo. Dios lo hizo como le plugo. Vamos a detenernos en las pruebas de la afirmación bíblica.

Hemos asistido al absoluto fracaso de la Ciencia para mostrarnos el origen del hombre. Aparece indiscutiblemente en el cuaternario *tanquam verus homo novus* sin ancestrales. Hemos rastreado su paso

sobre la tierra a la luz de la prehistoria y le hemos hallado inteligente desde los albores de su aparición. Desde entonces su inteligencia se caracterizó por la maravillosa receptividad de lo inexistente. Conoció la formalidad del fin: conoció la relación de los medios en orden a la consecución del fin, y supo adaptar la materia a formas, concebidas antes que existieran, para ordenarlas a la consecución de sus intenciones. La *intencionalidad* se presenta como la característica humana por excelencia. Y con razón. El genio de Miguel Angel, extasiado ante el bloque de mármol en cuya masa informe contempla ya la expresión augusta del Moisés que ha de esculpir su buril maestro, palidece ante el genio que por primera vez contempla en el guijarro los primitivos cuchillos, las flechas, los raspadores y las leznas... Miguel Angel fué un artista de escuela y solo añadió perfección a lo aprendido valiéndose del material e instrumental adquirido por el arte. El hombre primitivo concibe lo inexistente y ante la materia bruta y sin instrumental, llega a la intuición de los primeros medios y los crea. Era inteligente, percibía las razones inmatrimales, conocía lo inexistente, percibía las consecuencias en las premisas, raciocinaba, y el principio de todas esas operaciones no obedecía a estímulos-materia y por lo tanto era independiente de ella para su función superior. Era espiritual.

Hemos visto, por otra parte, que el hombre primitivo nace todos los días entre la mayor de las civilizaciones. El hombre nace *allalus* y es hijo del medio, sin que en realidad signifiquen nada en su desarrollo mental el cultivo espiritual de que hayan gozado sus padres. Aprende lo que le enseñan, y si los medios que lo rodean no le favorecen, progresa muy poco o nada. Eso es en realidad el hombre de hoy; lo mismo que el de ayer y el de siempre. Pero el hombre de hoy, de ayer y de siempre es el creador de las altas disciplinas del espíritu. El arte, las matemáticas, la metafísica y todas las aplicaciones de la ciencia, son fruto de esa actividad interior que produce el mundo de las ideas, sin que ese mundo presente los estímulos materia que habrían de hacer vibrar al sistema nervioso para que produzca el pensamiento como sin razón pretenden las escuelas materialistas que en realidad han fracasado ante el problema abstracto de las ideas. Y ese principio, vuelvo a repetirlo, no puede ser materia: y existiendo en nosotros realmente identificado con el Yo consciente que en nosotros piensa, siente y ama, y es principio de todas nuestras operaciones, ha de ser algo substancial, y si atendemos a la razón y al testimonio de la conciencia, distinto del cuerpo, ya que

ese Yo no varía con la sucesiva ablación de cada una de las partes de él, que integran la base de abastecimiento de los conocimientos humanos. La conciencia lo asegura: el yo del que ha perdido los ojos, por ejemplo, queda invariable.

Ahora bien: ese principio evidentemente real y substancial, evidentemente distinto de la materia no ha existido siempre como lo demuestra la prehistoria, y no puede ser un término de la evolución de la materia porque no es materia ni obedece en sus operaciones características a los estímulos materia. Luego exige una causa superior que lo haya plasmado. He ahí verificado científica y filosóficamente el relato bíblico que nos descubre el primer origen del hombre. Ese Ser que puede animar la materia uniéndola substancialmente al principio pensante, inteligente y libre, dándole así por la inteligencia y la libertad el dominio de la naturaleza, es el Dios del Génesis. El estudio analítico-sintético del hombre lleva naturalmente al filósofo, que no ha renunciado todavía a la prerrogativa del discurso, y aplica la observación más delicada al estudio del encadenamiento de los fenómenos de la naturaleza, al conocimiento de la necesidad de un ser primero, incausado y fuente de todas las causas que así como arrancó de los senos de la nada el mundo de la materia, así con poder soberano obra sobre la materia creando el mundo del espíritu que la domine y sojuzgue.

Precisamente la evolución al poco de nacer, pretendió borrar con una afirmación la necesidad de ese ser, tratando de explicarlo todo por el interno trabajo de las fuerzas cósmicas, que combinándose al acaso han producido esa ordenadísima maravilla del mundo, de la vida y de la inteligencia. Hemos visto cómo la inteligencia se resiste a ser un fruto de la evolución, y como exige imperiosamente la existencia de ese Ser superior a la materia para ver explicada su aparición sobre la tierra. También la vida forcejea para desentenderse de los círculos estrechos y ciegos de las fuerzas de la materia bruta. La simple consideración del desenvolvimiento ontogenético de cualquier ser dentro de los límites específicos, en que un óvulo fecundado se llega por diferenciación armónica al complejo maravilloso de cualquier organismo, nos está diciendo que allí existe algo más que las fuerzas físicoquímicas que las dirige y las ordena obedeciendo a leyes verdaderamente teleológicas. La ciencia demostró la imposibilidad de conseguir la vida sin previo elemento vivo. Nos habla de ello el rechazo científico de la generación espontánea y el fracaso de la plasmogenia. Por otra parte la geología y la paleontología nos

dicen que en el arcaico no existió la vida y que antes fué absolutamente imposible; luego la vida está exigiendo también imperiosamente la existencia de ese Ser que por encima de las energías de la materia muerta, pudo plasmar sus primeros gérmenes dotándolos de tan variadas y armónicas energías.

¿Podrá explicarse, siquiera el mundo de la materia muerta, por el fortuito concurso de las energías de una materia eterna? Más aún: ¿puede admitirse la eternidad de esa materia evolutiva, ante los descubrimientos de la ciencia y sobre las bases de esa evolución? Las teorías que tratan de explicar la génesis de los mundos suponen un estado de la materia sumamente enrarecido del cual se originan las nebulosas primitivas. El adelanto evolutivo va marcado siempre con una mayor condensación y mayor complicación de compuestos químicos, que a costa de una enorme involución de energía van presentando cada vez mayor estabilidad. La ley de la conservación de la energía se guarda merced a los enormes potenciales que pasan al estado latente. Esos potenciales los pone de manifiesto el hombre por una serie de conjugaciones causales que evidentemente no se hubieran verificado nunca espontáneamente en la naturaleza. Basta para convencerse de ello recordar la enorme cantidad de calorías arrancadas al seno de la tierra en las minas de carbón y de petróleo. Es pues, una ley de la evolución la de la involución de la energía en la serie de los fenómenos continuos de las transformaciones.

Ahora bien: La misma naturaleza de los hechos afirmados y en parte científicamente comprobados, excluyen la posibilidad de la eternidad de la materia, sobre todo considerada como agente único de la serie completa de los fenómenos que integran su desenvolvimiento progresivo. El tiempo es algo esencial a cada una de las fases en que pueden catalogarse esas series. Los geólogos y los astrónomos, aunque sin coincidencia en la valorización de sus cálculos, tratan de determinar sus magnitudes. Esas magnitudes existen. Esas magnitudes son mensurables. Nada importa que los medios de que el hombre dispone para calcularlas sean inadecuados y por lo tanto que sus cálculos se encuentren afeados con errores y enormes discrepancias. Pues bien: efectuándose la evolución en el tiempo, ménsúresele como se quiera con la mayor largueza imaginable en las cifras, ese tiempo ha de tener un principio: ha de ser limitado y finito. Retrocedamos con el pensamiento al estado ultra etéreo de la materia. Recorramos con el pensamiento esas eras larguísimas de tiempo, y colocados allí, en el estado precedente a las primeras con-

densaciones, volvamos la mirada al principio de la materia. Ese principio en la hipótesis de la eternidad de la materia no existe. La mente se perderá en la eternidad, pero el raciocinio nos mostrará su principio disipando esas sombras. La materia no puede ser eterna. De haberlo sido, en aquel hipotético estado prenebuloso de la materia, habría tenido esta, suficiente tiempo para desarrollar los círculos completos de la evolución, pues habría dispuesto de infinito tiempo...

Las fuerzas internas de la materia obran necesariamente, obran continuamente, obran incesantemente. Y el producto de ese incesante movimiento de la materia sería el tiempo paralelo a la evolución. A infinito tiempo correspondería evolución infinita. Pero considerada la evolución de la materia desde la eternidad, retrocediendo en la línea sucesiva del tiempo hacia su principio sin principio, nos encontraríamos siempre con un tiempo infinito al que correspondería una infinita evolución. He aquí la contradicción de la hipótesis. Luego la evolución no arranca de la eternidad. Luego la evolución tuvo un principio. Si la materia no es eterna, es menester admitir un Ser eterno que le diera principio. Si a la materia se la quiere fingir eterna, habría de estar eternamente inmóvil, verificándose por la intrínseca necesidad de su inercia, la necesidad de un primer motor distinto de ella que rompiendo ese estado de inercia le diera el primer impulso y coordinara su movimiento y la dotara de las internas potencialidades cuyo resultado fuera la armonía de los mundos con sus leyes constantes e inmutables. Y en este caso, nos veremos también precisados a admitir la existencia de un ser inmóvil infinitamente fecundo en actividad. En el principio de la evolución o en el principio de la materia es necesario que reconozcamos a Dios.

La inteligencia lo exige: la vida lo exige: la misma evolución lo exige. Es el Dios bíblico que al principio crea el cielo y la tierra y ordena su infinita variedad: que fecundiza la materia con los primeros gérmenes de la vida: que organiza la materia e irradia en su frente el espíritu de inteligencia que palpita libre en el alma humana.

He aquí a la Filosofía y a la Ciencia, dándose la mano para inclinarse ante el relato bíblico, como ante lo único que a los ojos de la razón despeja la oscura incógnita del origen del hombre, de la vida y de las cosas. Es tal vez la tradición más explícita, más antigua y más racional, y a la cual el lento desdoblarse de los siglos con su séquito inmenso de progreso en todos los órdenes, no ha podido añadir absolutamente nada. El relato bíblico ante la filosofía, la ciencia, y la razón que debe de guiar a entrambas, es la explicación úni-

ca clara y precisa del gran problema del origen del mundo de la materia y del mundo de los espíritus. El positivismo materialista se rebela, pero por la fuerza misma de su sistema se encuentra en la más absoluta impotencia para darnos la verdadera explicación de nada. He aquí también el porqué del fracaso de la ciencia en la solución del gran problema. Se encuentra siempre en la más angustiosa de las fluctuaciones girando siempre en torno de ideas preconcebidas, cuya comprobación busca en la naturaleza, pero a la que la naturaleza no da más que continuos desengaños. Basta para convencerse de ello recorrer la historia de las fluctuaciones científicas. Puede decirse que está jalonada por una serie de fantasías que se levantan airoso con el choque violento contra las que le precedieron y que se retiraban vencidas al estrellarse contra los cantiles inmortales de la realidad, para ir ellas a su vez a convertirse en espumas vacías que arrastrarán su vergüenza sobre las arenas dejando su lugar a los que vengan después de ellas... Son como las olas del mar, que en su incesante movimiento parece que no consiguen adelantar un paso. Es que el positivismo se ha cortado las alas y no puede volar al principio de las cosas al cual solo se llega por la razón auxiliada de los hechos.

Hemos prescindido al principio de este capítulo del carácter de libro inspirado de que se encuentra dotada la Biblia. No hemos, por lo tanto, pretendido oponer un dogma a otro dogma, como afirmaba el interlocutor del maestro argentino en Dayton, según la correspondencia (?) de la Nación. Que el problema del origen del hombre y de las cosas resuelto por la doctrina de la evolución es un verdadero dogma que es menester admitir sin pruebas, lo hemos demostrado suficientemente. Que la explicación que de ese problema da el relato bíblico es lo más conforme a la filosofía y a la ciencia, creo haberlo puesto en evidencia. Creemos por lo tanto poder afirmar que la oposición entre las dos afirmaciones no constituyen precisamente la oposición de dos dogmas ni la oposición del dogma bíblico ante la ciencia evolucionista, sino la oposición del dogma evolucionista ante la verdad filosófico-científica de la Biblia.

Sé que los adversarios en momentos de lirismo naturalista, nos motejan de hermanos orgullosos del animal, que por haber sido mejorados por la naturaleza no queremos reconocer nuestro parentesco con esos seres inferiores, apellidados así despectivamente por nosotros. Y para echarnos en cara la nobleza de ese parentesco nos han apellidado los hijos del fango... No rechazamos esa flor. Creemos ser menos todavía. Creemos ser una floración de la nada avivada



por el soplo de Dios a quien nos reconocemos deudores de todo. Pero afirmamos que hemos llegado a ese reconocimiento guiados por la ciencia, la filosofía y la razón. Aceptamos los dictámenes de la razón y nos abrazamos generosamente con todas sus consecuencias. Agradecemos la nobleza recibida y no rehusamos todas las responsabilidades que ella encierra. Hijos de Dios y hermanos por esa divina filiación, todos los hombres, comprendemos la afirmación básica y única de la sociedad, que solo puede asentarse sobre las sanciones de la conciencia responsable ante el autor de la materia, de la vida y de la inteligencia, y por ende de la sociedad. Y eso es lo que precisamente huyen nuestros adversarios. Han preferido verificar la otra sentencia bíblica: *«el hombre, como estuviera constituido en honra, no lo comprendió: comparóse a los jumentos sin razón, e hizo semeiante a ellos...»*

No se crea que esto sea también un salto lírico de nuestra parte. Desde Haeckel a nuestros días, apenas se puede recorrer ninguna página de la fecundísima literatura materialista, que no respire las ansias de la liberación de la bestia humana. Se llama prejuicios a los dictámenes de la razón; se presenta la idea de Dios como un engendro monstruoso del temor y de la ignorancia; se ataca a los principios básicos de la moralidad, como a frutos de una educación grosera y primitiva.

Pero el hombre, a pesar del positivismo, es lógico y apura los principios hasta las últimas consecuencias. Si no es más que una bestia; si por consiguiente el término de su ser no ha de ser otro que la huesa con una serie de transformaciones inconscientes: ¿qué ha de importarle todo ese fingido engranaje social, que lo convierte en último resultado en un verdadero esclavo de otros seres que en realidad no se diferencian de él más que en una posición relativa? ¿Qué es para él el crimen, la virtud, la vida, la muerte? Las consecuencias las lamentan los pueblos en que la idea de la bestia humana ha cundido, y por eso los gobiernos conscientes del mundo, se preocupan de la enseñanza del gran problema. Es un problema vital para la sociedad, cuyas bases se sienten verdaderamente amenazadas.

El hombre bestia, lógicamente es la personificación del egoísmo. No sería lógico si fuera de otra suerte. Y la razón lo convierte en la más desgraciada y más temible de las bestias. El hombre por la razón ha llegado a dominar la naturaleza y puede llegar a dominarse a sí mismo. Pero el hombre bestia lo subordina todo a sí mismo, sin poder lógicamente llegar a dominarse. He ahí la razón de todos los excesos de los que han abdicado al nobilísimo origen de hijos de

Dios. No son ya los impulsos de la naturaleza, que naturalmente han de ir regidos por la razón, como lo son por el instinto en los seres que carecen de razón, sino que la razón es luz que los guía para conculcar todos los fueros de la naturaleza. El placer es la norma única de su vida y en las aras del placer se sacrifica el pudor, la justicia, los deberes de la amistad y hasta los vínculos sagrados de la paternidad. Los hombres son para los hombres, al decir del otro filósofo, verdaderos lobos. Ésa es la lógica inflexible del hombre bestia, llámese libertino, socialista o anarquista, o de cualquiera otra manera.

Menos mal que la sociedad siente la necesidad de ser cristiana y que el espíritu de Dios flota invisible, pero eficazmente entre los pueblos, a pesar de la anarquía de ideas que emana constantemente como efluvio deletéreo de las escuelas sin Dios. La necesidad de la reacción se hace sentir, y el sentido común se impondrá. Es una ley histórica. Las fantasías pasarán y solo permanecerá la objetividad real de la verdad. Veinte siglos de experiencia alientan esta esperanza. En medio del derrumbe de todas las instituciones, de todas las escuelas filosóficas, de todos los errores, ha brillado siempre constante, consecuente consigo mismo,—a pesar de las persecuciones de todos los poderes de la tierra mancomunados para defender los instintos de la bestia—el sol esplendoroso de la verdad que ilumina los entendimientos y sojuzga los descarrios de la voluntad sujetándola ineludiblemente a las normas de la razón. Y seguirá brillando, porque su luz es la verdad.

*Conclusiones.* El hecho de la evolución está todavía por demostrar. La paleontología es incapaz de hacerlo; la anatomía comparada está en oposición con la paleontología, con la genética y consigo misma. La biología llega a conclusiones definitivas a cerca de la inmutabilidad del ideoplasma. Pero al tratarse del hombre, la razón, la filosofía, la historia, la prehistoria, la paleoantropología y hasta la misma paleontología están de acuerdo en mostrárnoslo como aparecido repentinamente sin ancestrales en la plenitud de su perfección. Las líneas ascendentes del progreso, nos demuestran precisamente que la perfección interna del hombre no ha variado desde que en su aparición ha dejado de sí las primeras huellas intencionales. La evolución no explica esa repentina aparición, ni esa perfección; la razón y la filosofía exigen la presencia de un poder infinito que explique la aparición de ese ser; luego el relato bíblico es la afirmación más racional del gran problema de su origen!

JOSÉ M. BLANCO, S. J.